

Félix Córdova Iturregui fue profesor en

el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras. Ha publicado los poemarios *Para llenar de días el día* (1985), *Militancia contra la soledad* (1987), *Canto a la desobediencia* (1998) y *Tambor de espuma* (2011), *Diálogo con una Isla* (2011) y *La oscura dimensión del aire* (2016). Tiene publicados dos libros de cuentos: *El rabo de la gartija de aquel famoso rector y otros cuentos de orilla* (1986) y *Sobre esta difícil tierra* (1993). Su primera novela, *El sabor del tiempo*, fue publicada en el 2005 y *Los hilos de la sombra*, también novela, en el 2009. Cuenta con la publicación de cuentos infantiles, crítica literaria y estudios históricos.



De *La oscura dimensión del aire*

El comienzo no está donde quisiera la palabra encontrarlo,

ni en el azul de cielo, ni en la lluvia,
ni en las olas que nunca dejan de llegar
para irse, ni en la espuma con su rizo de aire
en el agua, ni en el agua ya sin color, oculta,
que muerde abajo el esqueleto de la tierra
en una noche vieja como el inconsciente.

.....
.....

La palabra es una lucha entre la presencia
y la ausencia, el aquí y el allí viven en ella
como el sol y la luna, como la luz y la sombra,
como el decir que alumbra n su relato
la transparencia del tiempo, sus largas
ramas invisibles, más reales todavía
en su escondite porque el tiempo
solo puede verse dibujado en su huella
con sus paisajes imperfectos.

.....

.....

El poema es una danza que riza el espacio,
lo acaricia en sus olas, en sus hojas
donde la magia del sonido insiste y vibra
en la impureza de lo que se va y vuelve
como una rotación sobre algo inmóvil
que le sirve de quietud al movimiento.

.....

.....

El poema debe pensar obstinadamente
en el agotamiento de lo real, sentirlo,
y en la renovación tenaz de lo agotado,
con la urgencia de saber el alcance
de lo humano, su poder de destrucción.
El poema tiene un puesto de observación
único. Su resonancia por todo el cuerpo
incluye la ceguera y la ignorancia
y ve cómo se hunden las distancias
de lo disímil o echa raíz la semejanza.
El poema debe oír el relato del dolor
porque si en el ignorar el ser respira
y lo refleja en el vidrio incompleto
de su sentido
y el canto vive ciego sobre el origen
e inclina su poder hacia el oscuro reino
del mito, suda en su ansia y ensancha
la memoria, se regodea en el punto fijo
de un eje enamorado por un cuerpo
en fuga siempre, en permanente huida,
un cuerpo de sombra, de humo vivo,
evanescente figura que incita a inquirir,
a colocar el ojo en cierta posición
donde viaje y quietud pueden tocarse
como un labio toca en otro labio
la sabiduría inaccesible de la sed,
el antiguo propósito de levantar

el azul del silencio, así como la tierra
sube sobre el mar, sube, sube y forma
una isla, poderoso estar que ilumina
su límite en el agua, línea imaginaria
en la presencia irrevocable del azul,
obliga la espuma,
interroga el bláncor,
su transparencia,
con su indócil párpado de piedra
en afanes de celeste ascenso
y urgencia de mirar en la sombra
sumergida, en la voz, ají de voz,
sabia ceniza, enigma intranquilo
de la sangre, ese ver que se aleja,
íntimo, ese fuego líquido, inquieto,
su interna repetición, el agrio cambio
sigiloso que se cuela por los mismos
circuitos, lo diferente sudando su destino,
la rosa desplomándose completa
en cada pétalo,
en cada pétalo cayendo
y siendo
la rosa misma:
es arquitectura levantada
en la profundidad del aire.